

Misioneros de *Nuestra Señora del Cielo*



CENACULOS DE ABRIL 2015 "La Sanación"

DISPOSICIÓN

Para disponer nuestro corazón para lo que vamos a recibir hoy por nuestro Señor, vamos a pedirle ayuda al Espíritu Santo cantando una canción.

OLVIDAR, DON DE DIOS

(fuente meditación: www.reinadelcielo.org).

Mientras miraba una pequeña herida que me hice hace pocos días en mi mano, observaba como el daño en mi piel iba hora a hora desapareciendo, borrándose. Las células de a poco se iban regenerando para dejar mi piel exactamente como era antes del corte. ¿Acaso alguien puede dudar de la existencia de Dios, al observar cómo se suelda un hueso quebrado, o se cicatriza una herida?. Los médicos, testigos cotidianos de tantos milagros de sanación, debieran ser los primeros evangelizadores, como lo fue San Lucas. ¿Qué extraña fuerza interior puede producir la recomposición de las fibras, la regeneración de lo lastimado, si no es Dios?. Hoy, meditando con inmenso dolor en muchas cosas no muy buenas que he hecho en mi pasado, he pensado que el poder olvidar es también un Don de Dios, es el equivalente a la cicatrización de las heridas. Es una forma que El nos concede de sanarnos interiormente, para poder seguir viviendo pese a los golpes que sufrimos en el transcurso de los años. Cuando el dolor o la culpa nos arrasan el alma, castigando nuestra mente con recuerdos dolorosos, sentimos una conmoción interior, una necesidad de apretar los dientes, una sacudida que nos dice, nos grita, ¡qué me ha pasado, qué he hecho!. Cuando estas arremetidas del pasado asaltan mi alma, suelo gritarle al Señor en mi interior: ¡piedad!. Una y otra vez, le pido piedad a Jesús. Sé que el dolor es parte de la sanación, pero cuando el Señor nos ha perdonado los pecados en el Sacramento de la Confesión, ¡El si que los ha olvidado!. Cómo nos cuesta entender y creer que Jesús realmente perdona y olvida nuestros pecados. Solemos confesar una y otra vez el mismo pecado cometido años atrás, demostrando falta de fe en nuestro Dios, que ya ha dado vuelta la página y nos ha lavado con el agua de Su Misericordia. Sin embargo, nosotros, seguimos volviendo a sentir esa espada que atraviesa nuestro corazón con ese recuerdo. Es en ese momento que debemos pedirle a Dios el Don de olvidar, de dejar atrás esa mancha oscura de nuestra alma, borrarla totalmente.

Qué hermoso es conocer gente que tiene ese Don, esa capacidad de levantarse pese a las más profundas caídas, y puede mirar una vez más el futuro con optimismo y esperanza. ¡Dejando el pasado totalmente enterrado detrás de sí! Y viviendo la alegría de los hijos de Dios, que se saben perdonados, y acogidos nuevamente en los brazos amorosos de María, nuestra Madre Misericordiosa.

El poder olvidar, dar vuelta la página de las etapas más dolorosas de nuestra vida, es una herramienta que El nos concede. El poder olvidar es abrir las puertas a la cicatrización de las heridas del pasado, aceptando con fe, esperanza y alegría el perdón de nuestro Buen Dios. Jesús, como el Gran Médico de las almas, quiere que vivamos de cara al futuro, con esperanza, confiados en Su perdón, felices de tenerlo como Dios y Amigo.



Sé que tienes dolores, que los recuerdos te asaltan como un ladrón en la noche, cuando menos los esperas. Que quisieras volver al pasado, y cambiar tu historia. No quisiste vivir tanto dolor, es demasiado fuerte para poder soportarlo. ¡Pero se ha ido!. Mira la luz, mira el día, mira a la Madre de Jesús que te invita a amarla, que te ofrece sus brazos amorosos para cobijarte, para tenerte allí, junto a Ella, como lo hizo Jesús. ¿Acaso no te ha perdonado tu Dios? Da vuelta la página, ilumina tu rostro con una hermosa sonrisa, para que Jesús pueda mirarte, sonreír, y decirte: ¡Abrázame, dame tu amor, tu amistad, tu afecto, deseo tenerte en Mi, porque te quiero feliz de saber que te amo!

SANACIÓN

Hoy los invitamos a que nos unamos para pedir a Dios, por mediación de la Virgen María, para que recibas en tu vida la acción del Espíritu Santo que quiere sanar todas tus dolencias.

Toda sanación se da en un proceso gradual que requiere confianza en Dios, conversión para hacer Su Voluntad, crecimiento en la vida espiritual, paciencia y perseverancia.

Si Jesús vino a través de María, todas las gracias y bendiciones que Dios nos da en su Hijo pasan de algún modo a través de ella. María, al igual que su Hijo; quiere la sanación de toda la humanidad.

Por eso te pedimos hoy María en primer lugar la sanación emocional, para poder tener nueva paz y permitir a Dios que realice su obra en nosotros. Que Él nos libere de pensamientos fantasiosos y opresores.

Te entregamos nuestros miedos a la soledad, a la incomprensión y al abandono y te pedimos que ruegues al Señor para nuestro perdón y liberación por haberme apartado de la Iglesia, por descuidar mi vida espiritual y enojarme con Él por algún sufrimiento que tuve. Libéranos de las tentaciones de desaliento, búsqueda de poder, celos o rivalidad.

Te pedimos que ruegues a tu Hijo Jesús para que transforme y sane en nuestros hogares, comunidades, iglesia y país, aquellos vínculos afectivos que están rotos, enfermos o heridos. Muéstranos las heridas de nuestros corazones que ya están maduras para ser sanadas; danos la fuerza para perdonar las ofensas recibidas, de manera que así haya sanación. Pedimos hoy la curación intergeneracional. Por eso te entregamos María nuestros antepasados, familiares y miembros de congregaciones que murieron con ataduras de rencores generacionales, adicciones, ocultismo y todo mal con el que hayan muerto, y que nosotros hayamos recibido, como herencia negativa.

Te pedimos María ser sanados de las heridas desde la concepción, pasando por los meses que estuvimos en el vientre materno, y los traumas que pudieron producirse en el momento de nacer y las primeras horas fuera de la seguridad del vientre.

Te entregamos además la sanación de la primera infancia y de la niñez, especialmente la memoria auditiva herida por gritos, palabras de desprecio y comparaciones traumáticas.

Te entregamos Madre, nuestra adolescencia y juventud. Te pedimos que sanes toda esta etapa de nuestra vida, de modo especial nuestra memoria visual y nuestra memoria afectiva. Ordena nuestra sexualidad, y llénanos del amor que nos pudo haber faltado en esa etapa de nuestra existencia.

Te pedimos Madre que sanes las dolencias espirituales, psicológicas y físicas, que pudimos haber recibido a lo largo de nuestra vida adulta. Libéranos de las ataduras del pecado, de la sensación de frustración o fracaso, a causa de los proble-



mas afectivos, laborales y de cualquier otra índole, danos nuestra verdadera identidad y una personalidad en proceso de constante maduración, sana nuestro cuerpo para el servicio de Dios; y llévate de nuestro corazón el miedo al futuro. Y te pedimos si es el caso, que cortes todas las ataduras que pudo crear el maligno, por recurrir a la superstición, al curanderismo o a la magia, y rechazar en el nombre de Cristo todas esas cosas. Amén.

Ni magia buena, ni magia mala, ni negra, ni blanca

Vivimos en estos tiempos una sutil influencia de elementos mágicos, tanto en nuestros niños como en nosotros mismos. Libros y películas nos plantean una batalla entre el bien y el mal, donde los buenos usan magias buenas y los malos usan magias malas. También vemos una invasión de métodos que buscan el fortalecimiento del yo, como el control mental, reiki, y tantas otras formas de poner al hombre en el centro de un poder que sube hasta niveles que permiten o la sanación, o la profecía, o la influencia sobre los demás. Y muchas veces esto es realizado por gente que manifiesta creer en Dios y profesar una fe cristiana activa ¿Es esto correcto? ¿Acaso no está clara la respuesta? No se puede servir a dos señores, o se está con Dios, o contra Dios. Todo poder que trasciende del nivel estrictamente humano, de aquello que puede ser hecho o conocido por el hombre con los medios que Dios le da, ingresa en el terreno de lo sobrenatural. Y el mundo sobrenatural es una puerta abierta tanto a lo Celestial como a lo que pertenece al reino de la oscuridad. Dios manifiesta Su Presencia sobrenatural o en la vida de un santo, o a través de apariciones o manifestaciones místicas: estos casos son reconocidos por la Iglesia, y son muy evidentes los buenos frutos que producen. Pero es Dios el que decide otorgar la gracia, no es el hombre el que con su habilidad, inteligencia o esfuerzo logra acceder al mundo sobrenatural. Cuando algo viene de Dios, nunca es la persona la que tiene el mérito, sólo es un instrumento del Señor. De este modo, todo intento de acceder al mundo sobrenatural a través de los propios esfuerzos o progresos, no es más que un intento de acceder a la oscuridad. Es que para llegar a Dios debemos negarnos a nosotros mismos, vaciarnos, reconocer que somos nada. Si creemos que tenemos poderes, o que tenemos un don que nos permite profetizar o sanar, estamos simplemente atribuyéndonos a nosotros mismos poderes que solo Dios posee, o que sólo Dios da. Y ya sabemos que tratar de ser Dios, es imitar al maligno, también conocido como el mono de Dios, Su imitador. El mundo actual promueve distintas formas de adivinaciones, horóscopos, péndulos, rabadomancia, elevaciones mediante disciplinas de meditación, y tantas otras formas de jugar a ser Dios. Y por supuesto, no existen magias buenas o magias malas, la magia es mala y punto. ¡No ofendamos a Dios! El hombre debe humildemente confiar en el Padre que nos cuida y provee todo aquello que nos hace bien, o que necesitamos para purificar nuestra alma, para hacerla digna de llegar a Él. Cuidemos a nuestros niños y a nosotros mismos. Alejemos las malas enseñanzas de nuestro entorno, no permitamos que nos acostumbren a vivir con naturalidad en un medio que ofende a Dios. ¡Jesús está vivo! Reconozcamos en El a la única fuente de Poder y Amor, y a Su amorosa Madre como Intercesora, con Sus santos y Sus ángeles formando el Ejército Celestial. Lo demás, simplemente no es de Dios.

ORACIÓN DE SANACIÓN del Padre Roy

Señor Jesús Tú conoces mi necesidad de liberación y sanación, sabes lo que hay en mi corazón:
la angustia, tristeza, la depresión, desánimo, enfermedad del alma, rechazo, amargura, necesidad de sanarme físicamente.
Enfermedad del cáncer, del corazón, mi cuerpo.
Tú sabes todo de mí.
¡Me vuelvo hacia Ti, Jesús! Tu nombre es Sanación.
Jesús yo creo que Tú sanas, que Tú me liberas, que me amas y quieres que sea totalmente tuyo, para siempre.
Me entrego a Ti,
doy mis perdones y te pido perdón.
Quiero acoger el sacramento del perdón como medio para liberarme,
para vivir esa sanación.
Te doy gracias Virgen María
por interceder poderosamente en el corazón de Jesús



para que yo obtenga una respuesta de sanación.
Que la Virgen María
Que es Puerta de la luz, Porta luz
por quien nos llega esta luz de sanación,
consiga para nosotros todo lo que Jesús nos quiere dar
Amén.

QUIMIOTERAPIA ESPIRITUAL

Cuando un enfermo de cáncer está demasiado débil, los médicos no pueden aplicarle quimioterapia: para tener una posibilidad de ser sanado, el paciente debe primero fortalecerse y luego, afrontando las sesiones de quimio, intentar derrotar la enfermedad que corroe sus órganos. Es llamativo, porque el tratamiento que nos da la esperanza de curación degrada primero la salud del enfermo, para luego acceder a la posibilidad de derrotar al enemigo. Este es el principal modo en que la medicina ataca el cáncer en nuestros tiempos, como bien sabemos por el dolor que nos causa. Creo que Dios suele utilizar un método bastante similar en algunas oportunidades; a la hora de ayudarnos a derrotar el mal que corroe nuestra alma. Jesús, el Verdadero Médico de las almas, sabe que no podemos atravesar ciertas pruebas hasta no estar suficientemente crecidos y fortalecidos espiritualmente. Cuando estamos débiles en nuestra fe, o en nuestro conocimiento de Dios, El espera pacientemente que mejoremos, que adquiramos cierta fortaleza espiritual, la suficiente para que El pueda aplicar sus tratamientos de sanación. Y estos son muchas veces una verdadera quimioterapia aplicada a nuestra alma. Las pruebas de fe, el forzarnos a encontrar dentro nuestro la verdadera humildad y el sentido de negarse a uno mismo, el desapego de toda cosa mundana, sean bienes o afectos humanos, todo debe ser entregado y supeditado a una única misión suprema: mantenerse aferrado a Dios pase lo que pase, aunque arrecie la tormenta, hasta llegar a realizar una verdadera conversión. En los inicios de nuestro camino de crecimiento espiritual solemos sentir una alegría inmensa, una Gracia gigantesca que el Señor nos concede, una inversión que El realiza para que fructifique más adelante. Mas cuando nos encontramos en el desierto, cuando esa alegría se transforma en dudas, abulia, sequedad espiritual, nos preguntamos y le preguntamos al Señor: ¿por qué?. Esta es la pregunta que jamás se le debe realizar a Dios, porque es El el que guía nuestra vida, el que sabe lo que es bueno o malo para nosotros. El conoce cuál es el momento adecuado: cuando el Señor nos ve con suficiente solidez, inicia su tratamiento de quimioterapia espiritual, quemando las impurezas, las ataduras, los temores, las pasiones, la soberbia y vanidad, las envidias y celos, el deseo de figurar y mandar, la curiosidad y las ambiciones, todo lo malo que anidó en nuestro interior a lo largo de nuestra vida. Jesús nos somete a un proceso que tiene como finalidad extinguir lo impuro que habita dentro nuestro. ¡Y duele, vaya si duele! Es la época de la prueba, de lograr encontrar realmente a Dios como El es, y no como nosotros quisiéramos encontrarlo. De aceptar mansamente sus tratamientos y sanaciones, ya que el Médico no quiere otra cosa más que nuestro bien. Se necesita estar fuerte espiritualmente para que el Señor pueda obrar en nosotros. Pero si cuando El obra, nos resistimos y tratamos de volver hacia atrás, rechazando el tratamiento, ¿qué posibilidades reales tenemos de que sanen nuestros cánceres espirituales? Amemos el dolor que el tratamiento nos produce, porque proviene del Médico Celestial, proviene de quien quiere nuestra Salvación, y sabe muy bien cómo hacerlo. La quimioterapia espiritual, como fue descrita, no es más ni menos que la Cruz, la hermosa Cruz que Cristo nos pone sobre nuestras espaldas. Señor, dame una vida nueva, sáname de mis cánceres espirituales, haz que Tu Fuego queme todos las heridas que se han adherido a mi alma, desde mi nacimiento. Haz que este dolor que siento hoy, fructifique y me eleve hasta Tu Trono.

Oración al Padre Pío por los enfermos

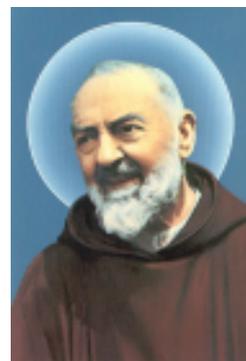
Hagamos juntos una oración al Padre Pío, hombre de una profunda oración, para pedir por su intercesión. Él nos decía: Reza, espera y no te preocupes. La preocupación es inútil. Dios es misericordioso y escuchará tu oración.

Santo Padre Pío, ya que durante tu vida terrena mostraste un gran amor por los enfermos y afligidos, escucha nuestros ruegos e intercede ante nuestro Padre Misericordioso por los que sufren.

Asiste desde el cielo a todos los enfermos del mundo;



sostiene a quienes han perdido toda esperanza de curación;
consuela a quienes gritan o lloran por sus tremendos dolores;
protege a quienes no pueden atenderse o medicarse por falta de recursos materiales o ignorancia;
alienta a quienes no pueden reposar porque deben trabajar; vigila a quienes buscan en la cama una posición menos dolorosa;
acompaña a quienes ven que la enfermedad frustra sus proyectos; alumbrá a quienes pasan una "noche oscura" y desesperan;
toca los miembros y músculos que han perdido movilidad;
ilumina a quienes ven tambalear su fe y se sienten atacados por dudas que los atormentan;
apacigua a quienes se impacientan viendo que no mejoran;
calma a quienes se estremecen por dolores y calambres;
concede paciencia, humildad y constancia a quienes se rehabilitan;
devuelve la paz y la alegría a quienes se llenaron de angustia;
disminuye los padecimientos de los más débiles y ancianos;
vela junto al lecho de los que perdieron el conocimiento;
guía a los moribundos al gozo eterno;
conduce a los que más lo necesitan al encuentro con Dios;
bendice abundantemente a quienes los asisten en su dolor, los consuelan en su angustia y los protegen con caridad.
Amén



Sanaciones en el Evangelio

(Autor: Entre amigos)

Vamos a contemplar hoy tres curaciones: a un leproso que es un marginado de la sociedad, al criado de un militar romano que es "pagano", un no judío, un extranjero y a una mujer, la suegra de Pedro, el discípulo de Jesús.

Curación de un leproso (Mt 8,1-4)

"Cuando descendió Jesús del monte, le seguía mucha gente. Y he aquí vino un leproso y se postró ante él, diciendo: Señor, si quieres, puedes limpiarme. Jesús extendió la mano y le tocó, diciendo: Quiero; sé limpio. Y al instante su lepra desapareció. Entonces Jesús le dijo: Mira, no lo digas a nadie; sino ve, muéstrate al sacerdote, y presenta la ofrenda que ordenó Moisés para que les conste tu curación."

Para el pueblo de Israel, los leprosos eran impuros y estaban excluidos de la comunidad hasta su curación porque se consideraba la lepra un castigo de Dios por el pecado. Una vez curados se sometían a un rito de purificación. Jesús no solo cura la enfermedad sino que rehabilita al enfermo para que pueda incorporarse de nuevo a la comunidad junto con sus parientes, y lo hace con un gesto que estaba prohibido: "le toca"...los leprosos eran los "intocables".

Oración

¿Qué tendrás, Jesús, que tanta gente te sigue? Son sobre todo los pobres y desválidos.

Sienten que estás por ellos; sienten Tu corazón compasivo.

Se te acercan sin miedo, como este leproso: -¡Señor...si quieres puedes limpiarme!

Yo también me acerco a Ti, Jesús. Mi alma no está muy sana...

Todos somos un poco o un mucho, enfermos de espíritu...

También yo te pido: -"si quieres, puedes limpiarme"

y ¡claro que quieres! solo me pides fe y confianza.

Tu me ayudarás a rehabilitarme; Me ayudarás para que salga de esta casa

más maduro, más cristiano, más fuerte para seguirte,

más capaz de sanar a los demás con mi compasión que es la Tuya.

Corazón misericordioso de Jesús, haz mi corazón semejante al Tuyo.



Y deja que Tu amor me cure todo el mal que pueda haber en mi, Señor
Y sea yo, Jesús, más semejante a Ti. Amén

Jesús sana al siervo de un centurión (Mt 8,5-13) (Lc. 7. 1-10)

“Entrando Jesús en Cafarnaum, vino a él un centurión, rogándole y diciendo: Señor, mi criado está postrado en casa, parálítico, gravemente atormentado. Y Jesús le dijo:
Yo iré y le sanaré. Respondió el centurión y dijo: Señor, no soy digno de que entres bajo mi techo; solamente dí la palabra, y mi criado sanará. Porque también yo soy hombre bajo autoridad, y tengo bajo mis órdenes soldados; y digo a éste: Ve, y va; y al otro: Ven, y viene; y a mi siervo: Haz esto, y lo hace.
Al oírlo Jesús, se maravilló, y dijo a los que le seguían: De cierto os digo, que ni aun en Israel he hallado tanta fe. (...Entonces Jesús dijo al centurión: Ve, y como creíste, te sea hecho. Y su criado fue sanado en aquella misma hora.”

Esta vez Jesús cura al siervo de un pagano, un “no judío”. ¿Qué significa esto? Que la actuación de Jesús es universal; no tiene fronteras ni de religión ni de razas ni de condición social ni de sexo. Esto iba en contra de una sociedad judía dividida en clases antagónicas: judíos y paganos; sanos y enfermos; hombres y mujeres... Jesús dice que Dios es Padre de todos, especialmente de los excluidos.

Hagamos nosotros también como el centurión; acerquémonos a Jesús y presentémosle a las personas que amamos y sus necesidades. Avivemos nuestra fe con la oración de la confianza:
Señor Jesús, Hijo de Dios vivo, a Tu Corazón confío a (pensemos en aquella persona que sabemos necesita ser sanada para ponerla en manos de Jesús...).
Mira y haz lo que Tu corazón te diga.
Cuento contigo, de Ti me fío.
Jesús, en vos confío.
Amén.

Jesús sana a la suegra de Pedro (8,14-17)(Mr. 1. 29-34; Lc. 4. 38-41)

“Vino Jesús a casa de Pedro, y vio a la suegra de éste postrada en cama, con fiebre. Y tocó su mano, y la fiebre la dejó; y ella se levantó, y les servía. Y cuando llegó la noche, trajeron a él muchos endemoniados; y con la palabra echó fuera a los demonios, y sanó a todos los enfermos; para que se cumpliese lo dicho por el profeta Isaías, cuando dijo: El mismo tomó nuestras enfermedades, y llevó nuestras dolencias.”

La suegra de Pedro tenía fiebre y estaba postrada, incapaz de hacer nada. Igual nos pasa a nosotros cuando nos sube la temperatura; los huesos nos duelen, tenemos escalofríos y no tenemos ánimo para nada. Hay otra fiebre, la del espíritu, una fiebre moral que nos impide vivir y actuar de una manera sana y equilibrada. Una pasión incontrolada, un vicio que nos domina...

Jesús la tomó de la mano; la ayuda a levantarse, la pone en pie. Cuando Jesús nos toma de la mano siempre es para levantarnos, ponernos en pie, animarnos... pero nosotros hemos de tenderle nuestra mano; no rechazar la Suya.

¿Y Cómo nos tiende la mano Jesús?

La mujer curada comenzó a servirles. Su alegría al sentirse bien la traduce en servicio a los demás. Lo mismo quiere el Señor de nosotros y para eso nos cura para que sirvamos, ayudemos, hagamos el bien.

Intención: Pidámosle hoy a Jesús que nos sane, que nos cure de toda fiebre espiritual, de toda tibieza, para fortalecernos y hacernos fieles servidores suyos.



Cristo sana a través del corazón de María

(Autor: Eucaris Causil)

Muchas veces me he puesto a pensar cuál era el motivo que tenía Jesús para dejar a su madre en esta tierra. Pienso además, que como todo hijo tenía el deseo de proteger a su madre y quizás quiso llevársela en el momento de su ascensión, pues no tenía hermanos ni nadie que se responsabilizara por ella; sin embargo una razón poderosa lo llevó a entregársela a San Juan; al irse Jesús de este mundo dejaba solos a los suyos y María era el soporte, el consuelo que ellos debían tener, María era la Madre no solo de los apóstoles sino de la Iglesia, de esa iglesia que apenas nacía, que estaba muy niña y tenía la necesidad de ser amamanta, consentida y cuidada, y nadie mejor que la Virgen para hacerlo.

María tenía en su corazón todo lo que la Iglesia necesitaba para crecer; eran tiempos difíciles y llenos de persecución, se necesitaban unas manos llenas de amor para proteger a todo el que llegaba sin esperanza, se necesitaba un espíritu fuerte y confiado en Dios para soportar las adversidades, se necesitaba un corazón lleno de valentía para darles fuerza y valor.

Ese fue el propósito de la permanencia de María después de la muerte de Cristo, su función fue de acoger, proteger, alimentar, socorrer y fortalecer a todos los que acudían a ella y en los tiempos de hoy eso no ha cambiado, porque sigue en el mismo plan, todo el que se acoge a ella, es automáticamente llevado a los pies de su Hijo, todo el que se deja tocar por ella, jamás y nunca volverá a ser el mismo, porque la Virgen María transforma y renueva.

Son muchos los momentos difíciles por los que pasamos en esta vida, y en cada situación creemos que sólo nosotros la estamos viviendo o que sólo nos pasa a nosotros, pero fíjense como solamente en la Pasión de Nuestro Señor, la Virgen María vive cada situación dolorosa, estoy totalmente segura que no hay nadie como ella para entendernos y guiarnos en el camino, nadie más que ella para enseñarnos a comprender la voluntad de Dios y su propósito en nuestra vida.

Pero sobre todo hay que aprender de ella como cada situación no la llevaba al desespero sino más bien la acercaba más a Dios, admiro su capacidad para no cuestionar cada situación vivida, teniendo todos los derechos del mundo para hacerlo. Es sorprendente como cada situación la meditaba llevándola a su corazón.

Cuando se es capaz de soportar un dolor, meditarlo y guardar todo sentimiento suscitado, por guardarle fidelidad a alguien, en este caso Dios, es porque se ha alcanzado un grado de comunicación muy alto y esto es lo que debemos pedirle a la Virgen, que nos asista en nuestras oraciones, que nos llene de ese amor y disponga nuestro corazón para que ella nos regale la gracia de soportar, comprender y guardar nuestro dolor, que lo podamos ofrecer por nuestros pecados, que suframos con amor sabiendo que con ello nos purificamos y nos acercamos más a Dios.

Necesitados de consuelo y capaz de consolar a los demás

(Autor: Daniel Espinoza)

Son muchos los que necesitan y demandan consuelo. Los invito a acercarse ahora a ellos, con nuestra mente y nuestro corazón. Miren sus rostros, escuchen sus palabras, el silencio, entremos en sus vidas. Detecten y acojan las llamadas de los que están solos y se ven abandonados por los suyos, de los cansados de la vida, de los perseguidos y calumniados, de los excluidos y marginados, de los que no encuentran sentido a sus vidas, de los que no tienen paz en su corazón, de los que sufren a causa de los malos tratos o de sus sentimientos de culpabilidad. Contemplemos a los enfermos incurables, a los ancianos abandonados y falta de cariño, a los que han perdido a un ser querido, a los padres desconcertados por el comportamiento de sus hijos, a las parejas rotas, a los que viven la experiencia del rechazo, la incomprensión o el fracaso... Pensemos también en las familias y en los pueblos que sufren los horrores de la guerra, la miseria y el hambre, las catástrofes naturales, etc.

Jesús consuela con palabras pero también con el ejemplo de la propia vida. El mismo vive la experiencia del desconsuelo: En la muerte de su amigo Lázaro, se conmueve profundamente y se echa a llorar al ver llorar a Marta y a los que le acompañan; llora ante el endurecimiento de los fariseos y el rechazo de Jerusalén; siente tristeza y angustia ante su propia pasión y muerte en el Huerto de los Olivos. También él necesita ser consolado. Recibe el consuelo del Padre para asumir la muerte, el del Cireneo para llevar su cruz y el de su madre para ser fiel hasta el final. Y consolado, se convierte en



consolador.

Cristo sana, cura y consuela desde la cruz a todos los que creen en él. Pablo descubrió que el consuelo brota de la desolación cuando ésta se une al sufrimiento de Cristo: “Bendito, el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, Padre de la misericordia y Dios de toda consolación, que nos consuela en todas nuestras tribulaciones para que nosotros podamos consolar a los que sufren, con el mismo consuelo que recibimos de Dios.” (2 Cor 1,3-4)

“María, consoladora de los afligidos” así la invoca la piedad popular. En multitud de pueblos María Nuestra Señora del Consuelo o de la Consolación es venerada como su patrona e intercesora. El Evangelio subraya la sensibilidad de la Madre de Dios por la compasión y el consuelo de Dios hacia los hombres.

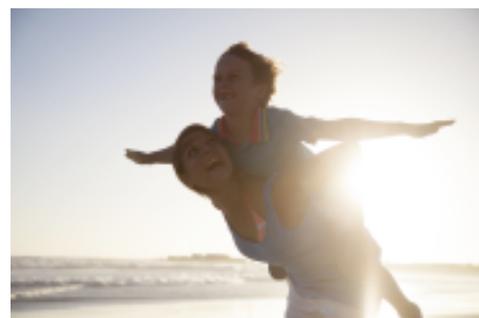
“María, presente en las bodas de Caná, se sitúa en el corazón de frustración humana para llevarle el remedio consolador: el remedio que sólo su Hijo puede dar.” Pero Ella vivió también el desconsuelo. “Una espada te atravesará” le había anunciado el anciano Simeón al presentar a su hijo en el templo. (Lc 2,35) La desolación penetró su corazón, pero no afectó a su fe. Vivió a fondo la noche oscura. Su soledad fue la de la fe. En el dolor del Hijo clavado en la cruz y puesto después en sus brazos, María conservó la llama de la fe. Y mereció la consolación. Ella se convierte así en Madre de la misericordia y del consuelo.

María ha consolado y sigue consolando hoy a sus hijos que acuden a ella y le ruegan “vuelve a nosotros tus ojos misericordiosos”. Y como "abogada nuestra" ejerce su función intercesora, que también es servicio de consolación.

JESÚS CARGA CON NUESTRAS DOLENCIAS Y CURA NUESTRAS ENFERMEDADES. (MT. 8, 1-17)

¿Por qué la enfermedad? ¿Por qué a mí o a uno de mis seres queridos?...Son interrogantes que sacuden nuestra conciencia en cualquier época y nos sitúan irremediamente ante el misterio dramático de nuestra existencia.

El sufrimiento del prójimo enfermo contiene en primer lugar, una llamada a la compasión. Dios es el primero que se compadece de nosotros y lo manifestó con la vida, muerte y resurrección de Jesús. Él ha cambiado el sentido del sufrimiento humano haciendo posible la plena esperanza.



En el programa mesiánico de Cristo, que es a la vez el programa del Reinado de Dios, el sufrimiento está presente en el mundo para provocar amor, para hacer nacer obras de amor; para transformar toda la civilización humana en la civilización del amor.

Jesús pasó haciendo el bien y curando a los oprimidos del mal. La Iglesia y los cristianos hemos de seguir sus huellas. Las curaciones de Jesús son un signo de que Dios Padre está con nosotros, se acerca a nosotros y nos salva.

Jesús no hace milagros y curaciones para obtener fama; Se niega a obrar milagros inútiles; incluso manda que no los publiquen. Las curaciones de Jesús son signos de la salvación de Dios; de que ya ha llegado su Reino a la tierra.

Con Jesús, ese Reino ya llegó. Sus curaciones y milagros son una invitación al arrepentimiento y a la fe. Pero también nos muestran cómo es Jesús y cuáles son sus sentimientos.

El corazón de Jesús es el prototipo de la compasión y la misericordia. Jesús ha cargado con nuestras dolencias, las del cuerpo y las del alma; ha sufrido con nosotros y por nosotros, pero ha superado el dolor y la muerte con su resurrección, diciéndonos que también nosotros los superaremos un día cuando resucitemos con Él. Esta es nuestra esperanza; por lo tanto no hemos de amargarnos ni quejarnos ni desesperarnos ante el dolor sino reaccionar con fe sabiendo que Dios saca bienes de nuestros males.

Cuando Jesús cura a los enfermos no solo cura sus cuerpos sino también su alma, les perdona sus pecados, los libra de sus



males psicológicos, sana sus mentes; porque Jesús busca la salud integral de la persona.

Oración de Sanación y Liberación: CORAZA DE SAN PATRICIO

Me envuelvo hoy día y ato a mí una fuerza poderosa, la invocación de la Trinidad, la fe en las Tres Personas, la confesión en la unidad de Creador del Universo.

Me envuelvo hoy día y ato a mí la fuerza del Cristo con su Bautismo, la fuerza de su crucifixión y entierro, la fuerza de su resurrección y ascensión, la fuerza de su regreso para el Juicio de Eternidad.

Me envuelvo hoy día y ato a mí la fuerza del amor de los querubines, la obediencia de los ángeles, el servicio de los arcángeles, la esperanza de la resurrección para el premio, las oraciones de los patriarcas, las profecías de los profetas, las predicaciones de los apóstoles, la fe de los mártires, la inocencia de las santas vírgenes y las buenas obras de los confesores.

Me envuelvo hoy día y ato a mí el poder del Cielo, la luz del sol, el brillo de la luna, el resplandor del fuego, la velocidad del rayo, la rapidez del viento, la profundidad del mar, la firmeza de la tierra, la solidez de la roca.

Me envuelvo hoy día y ato a mí la fuerza de DIOS para orientarme, el poder de DIOS para sostenerme, la sabiduría de DIOS para guiarme, el ojo de DIOS para prevenirme, el oído de DIOS para escucharme, la palabra de DIOS para apoyarme, la mano de DIOS para defenderme, el camino de DIOS para recibir mis pasos, el escudo de DIOS para protegerme, los ejércitos de DIOS para darme seguridad

Contra las trampas de los demonios, Contra las tentaciones de los vicios

Contra las inclinaciones de la naturaleza, Contra todos aquellos que desean el mal de lejos y de cerca, estando yo solo o en la multitud.

Convoco hoy día a todas esas fuerzas poderosas, que están entre mí y esos males, contra las encantaciones de los falsos profetas, contra las leyes negras del paganismo, contra las leyes falsas de los herejes, contra la astucia de la idolatría, contra los conjuros de brujas, brujos y magos, contra la curiosidad que daña el cuerpo y el alma del hombre.

Invoco a Cristo que me proteja hoy día del veneno, el incendio, el ahogo, las heridas, para que pueda alcanzar yo abundancia de premio.

Cristo conmigo, Cristo delante de mí, Cristo detrás de mí, Cristo en mí, Cristo bajo mí, Cristo sobre mí, Cristo a mi derecha, Cristo a mi izquierda, Cristo alrededor de mí. Cristo en la anchura, Cristo en la longitud, Cristo en la altura, Cristo en la profundidad de mi corazón. Cristo en el corazón y la mente de todos los hombres que piensan en mí, Cristo en la boca de todos los que hablan de mí, Cristo en todo ojo que me ve, Cristo en todo oído que me escucha.

Me envuelvo hoy día en una fuerza poderosa, la invocación de la Trinidad, la fe en las Tres Personas, la confesión de la unidad del Creador del Universo. Del Señor es la salvación, del Señor es la salvación, De Cristo es la salvación. Tu salvación Señor esté siempre con nosotros. Amén –

Perdona a todos los que te han ofendido o herido

La falta de perdón es una de las pocas cosas que son una verdadera barrera para lograr la sanación. Muchas, veces, personas de poca fe son sanadas por la inmensa fe de la comunidad, pero si la persona por la que se está orando alberga falta de perdón, no se sanará hasta que haya perdonado del todo. El poder sanador del Señor Jesucristo no puede penetrar debido a la falta de perdón. “Queda bien claro que si ustedes perdonan las ofensas de los hombres, también el Padre celestial los perdonará. En cambio si no perdonan las ofensas de los hombres, tampoco el Padre los perdonará a ustedes” (Mt. 6:14-15).

La gente nunca está segura de haber perdonado. Frecuentemente me preguntan: ¿cómo se sabe que uno perdonó del todo? Siempre respondo: Cuando ore por la persona que lo ofendió o hirió, puede estar absolutamente seguro de que fue perdonado porque al orar por ella, se está pidiendo al Señor que le brinde a esta persona bondad y cosas buenas. Amar es desear lo que más le convenga al otro y hacer lo que razonablemente se puede para brindarle felicidad y cosas buenas.



Las definiciones de amor y oración en estas circunstancias son paralelas: en la oración se pide lo que más convenga y en el amor se desea lo mejor. Por lo tanto, cuando oramos por una persona, nuestra oración se convierte en manifestación de amor en acción. Lo repito una vez más, una vez que hayamos orado por alguien sinceramente, podemos estar seguros de que la hemos perdonado en un acto de voluntad. ¡El perdón es decisión, no sentimiento!. Es la decisión de perdonar la que te libera y te redime, y esto es todo lo que el Señor te pide.

“Jesús, ayúdame a amar y a orar por aquellos que me han herido porque conozco Tu amor y los perdono incondicionalmente así como Tú me has perdonado. Dejo bajo Tu luz sanadora cualquier resentimiento o falta de perdón que albergue hacia ellos. Elevo una oración en este momento por la persona que más me haya ofendido en la vida y te pido que colmes de bendiciones su vida. Te agradezco el haberme liberado del mal de la falta de perdón”.

Alaba y da gracias a Jesús por Su amor tantas veces como te sea posible

Es imperativo que alabemos y demos gracias al Señor por todas las cosas: por la oración contestada y por las que no. Más alabemos y demos gracias al Señor, con mayor perfección pondremos en práctica el primer gran mandamiento: “Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma, con toda tu fuerza...” (Lc. 10:27).

A medida que abrimos nuestros corazones y mentes en alabanza al Señor, nos estamos abriendo a Su poder sanador. La mayoría de estas personas gasta su vida lamentándose de sus problemas, dolores y sufrimientos. Están tan absortas en sus dificultades que éstas se convierten en el centro de su oración cuando este lugar debe ser ocupado por el Señor. Cuando alabamos y damos gracias a Dios, hacemos de Jesús el centro de nuestra oración y nos apartamos de nuestro centro. A medida que apartamos la vista de nosotros y la volvemos hacia el Señor, El se manifiesta de manera extraordinaria. Cuando alabamos al Señor, le estamos dedicando nuestra atención y, olvidándonos de nosotros, nos volvemos más receptivos a lo que El tiene para darnos.

“Padre celestial, te damos gracias y te alabamos por el hermoso don que nos has dado en Jesús y por el maravilloso poder que existe cuando abrimos nuestros corazones en la oración. Señor, te pido que todos te alabemos y te demos gracias siempre y en todo lugar. Te pido que te alabemos y te demos gracias sin importar las circunstancias por las que estemos pasando, y que Tu amor nos llene en abundancia. Que cuando estemos sufriendo alguna pena o apretando los dientes, podamos ser capaces de alabarte sabiendo que todas las cosas funcionan para aquellos que amas. Pido que Tu amor sanador fluya en nosotros y que las áreas difíciles de nuestra existencia sean sanadas, especialmente la de la autoestima. Que podamos aprender a amarnos para poder amarte y amar a los demás. Te damos gracias y te alabamos, Jesús, por el trabajo que estás realizando dentro de nosotros en este momento. Amén”.



ORACIÓN DE SANACIÓN INTERIOR

Señor Jesús, Tú has venido a curar los corazones heridos y atribulados, te ruego que cures los traumas que provocan turbaciones en mi corazón; te ruego, en especial que cures aquellos que son causa de pecado. Te pido que entres en mi vida, que me cures de los traumas psíquicos que me han afectado en tierna edad y de aquellas heridas que me los han provocado a lo largo de toda la vida.

Señor Jesús, Tú conoces mis problemas, los pongo todos en Tu corazón de Buen Pastor. Te ruego, en virtud de aquella gran llaga abierta en Tu Corazón, que cures las pequeñas heridas que hay en el mío.

Cura las heridas de mis recuerdos, a fin de que nada de cuanto me ha acaecido me haga permanecer en el dolor, en la angustia, en la preocupación.

Cura, Señor, Todas esas heridas que, en mi vida, han sido causa de raíces de pecado. Quiero perdonar a todas las personas que me han ofendido, mira esas heridas interiores que me hacen incapaz de perdonar.

Tú que has venido a curar los corazones afligidos, cura mi corazón. Cura, Señor Jesús, mis heridas íntimas que son causa de enfermedades físicas. Yo te ofrezco mi corazón, acéptalo, Señor, purifícalo y dame los sentimientos de Tu Corazón Divino.

Ayúdame a ser humilde. Concédeme, Señor, la curación del dolor que me oprime por la muerte de las personas queridas.



Haz que pueda recuperar la paz y la alegría por la certeza de que Tú eres la Resurrección y la Vida. Hazme testigo autentico de Tu Resurrección, de Tu Victoria sobre el pecado y la muerte, de Tu Presencia de Viviente entre nosotros. Amén.

El consuelo de la Virgen María (Imitación de María, por Tomás de Kempis)

Yo soy la Madre de la misericordia, llena de caridad y de dulzura. Soy la escalera de los pecadores, la esperanza y el perdón de los culpables, el consuelo de los afligidos y el gozo particular de los santos. Vengan a mí todos ustedes que me aman, y quedarán satisfechos en medio de mis consuelos, porque soy buena y misericordiosa para con todos los que me invocan. Vengan todos, justos y pecadores, y yo rogaré al Padre por ustedes. Rogaré también a mi Hijo, para que se reconcilie con ustedes en el Espíritu Santo. Los invito a todos, los espero a todos, deseo que todos vengan a mí. No desprecio a ningún pecador; sino, al contrario, por un pecador que se convierte, me regocijo con gran afecto junto con los ángeles de Dios en el cielo. Porque no en vano ha sido derramada por el mundo la sangre de mi Hijo.

Acérquense entonces a mí, hijos de los hombres: observen mi celo para con ustedes ante Dios y ante mi Hijo Jesucristo. Está claro: cargaré sobre mí su ira y aplacaré con mis fervorosas plegarias a aquel que, como ustedes saben, han ofendido. Conviértanse y vengan; hagan penitencia, y yo invocaré el perdón para ustedes. No lo olviden yo estoy situada entre el cielo y la tierra, entre Dios y el pecador; y obtengo con mis ruegos que este mundo no perezca. Pero no quieran abusar de la misericordia de Dios ni de mi clemencia; más bien manténganse alejados de todo pecado, para que no descienda sobre ustedes su ira ni su temible venganza.

Exhorto a mis hijos, insto a los que tanto amo: sean imitadores de mi Hijo y de la que es Madre de ustedes. Acuérdense de mí, que no puedo olvidarme de ustedes, porque siento compasión de todos los desdichados y soy una muy misericordiosa abogada de todos los fieles.

Oración a la Bienaventurada Virgen para obtener consuelo.(Imitación de María, por Tomás de Kempis)

Misericordiosísima María, Madre de Dios, recibe a tu siervo que se dirige a ti en cada tribulación. Purísima Virgen, recíbeme como al único que no tiene quien lo consuele. Oh Señora mía, fíjate en mi aflicción y ábreme el seno de tu misericordia. Heme aquí: yo llamo, grito, pido y adoro.

No me aparto, ni te dejo. Permaneceré siempre a tu lado, hasta que te compadezcas de mí. Conozco tu incomparable dulzura y el maternal afecto de tu corazón, tan ardoroso por la abundancia del divino amor, que resulta inconcebible el temor de que llegue a faltar tu consuelo.

Yo acudo a ti con mucha frecuencia y con gran esperanza, para merecer siempre ser favorecido por tu auxilio y reanimado por el aliento de tus palabras, tanto si los asuntos me marchan bien como si me marchan mal. Si tú nos ofreces tus consuelos, ¿qué tristeza puede tener lugar en el corazón? ¿Cómo el enemigo podría dañar al que siempre puede recurrir a ti?

Madre María, ven con tu dulce presencia a visitar mi corazón en sus tribulaciones, ya que sabes tan bien mitigar sus dolores y reconducirlos a una atmósfera de paz.

“He aquí a tu Madre”. Abraza, pues, alma mía, esta recomendación que nos hizo nuestro Jesús. Abraza a la dulcísima María, abraza a la Madre de Dios con su Niño Jesús, el más hermoso entre los hombres; agradecele siempre, porque es ella quien escucha las oraciones de los pobres y no permite que se marche sin consuelo ninguno de los que delate de ella vio rezar con perseverancia. Esta es la Virgen María, Madre de Dios, que alumbró a su Hijo Jesucristo, Rey y Salvador de todos, al que debemos tributar honor y gloria por los siglos.

